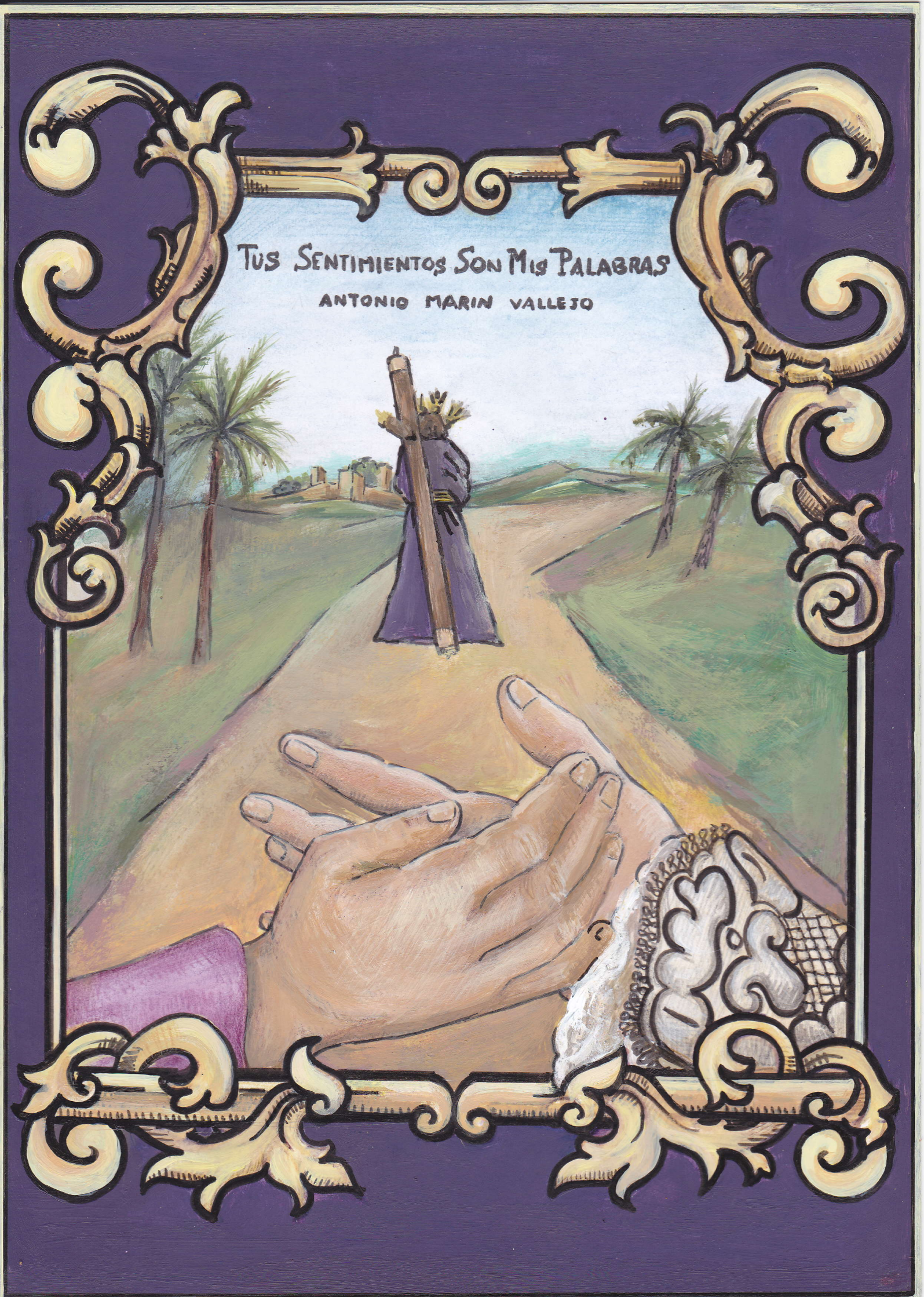
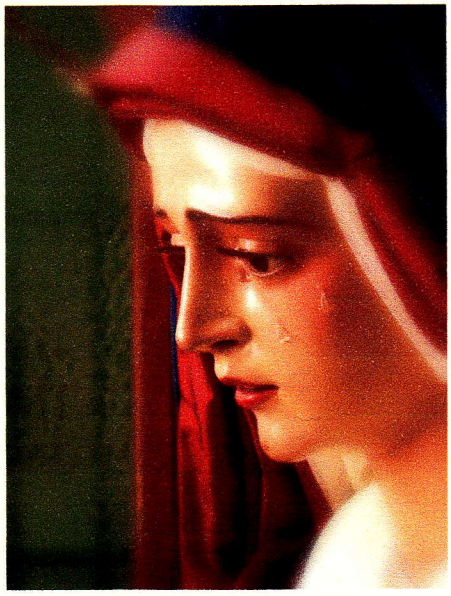

TUS SENTIMIENTOS SON MIS PALABRAS
ANTONIO MARIN VALLEJO



PRESENTACIÓN DEL PREGÓN DE SEMANA SANTA

Consejo General de Hermandades y Cofradías.

Mairena del Alcor a 22 de Marzo del año del Señor 2015

PRESENTACIÓN PREGÓN DE SEMANA SANTA

AÑO DEL SEÑOR 2015

"HONOR Y GLORIA A TI REY DE LA GLORIA.....AMOR POR SIEMPRE A TI DIOS DEL AMOR....."

No pudo ser de otra forma.....Pero sin duda alguna Él ya lo tenía previsto.....Quizás al contemplarlo en su custodia aquella hermosa mañana, y pidiendo la Fe necesaria para afrontar los designios del Señor, no podía imaginar cual grande es su poder y su infinita misericordia que al humilde pecador, concedía el hermoso regalo, aquella misma noche, de acompañarte en este camino.

Quizás dudé en aquel momento, quizás, quedé preso de mis sentimientos al intentar expresar con torpes palabras, lo que mi persona sentía ante valiosa solicitud.....pero al igual que años atrás, soñé con el momento de ceñir mi faja sobre nuestra amistad, fijé mi costal de sencillos y humildes sentimientos y esperé oír tu voz entrecortada pero a la vez grande para mí, y disponerme, sin vacilación alguna, a acompañarte en esta nueva, hermosa y responsable chicotá de tu vida.

Reverendísimo párroco D. Antonio y Señor Vicario Parroquial D. Marcos.

Excelentísimo Sr. Alcalde.

Señora delegada de Cultura.

Señor Presidente y Junta Superior del Consejo General de Hermandades y cofradías.

Señoras y Señores, Cristianos, Cofrades de Mairena y Amigos todos, muy buenos días.

Toda persona, al cabo de su vida, va conociendo y viviendo el verdadero sentido de la amistad, amistad que surge en aquellas inocentes y sencillas tardes de nuestra infancia, amistad que nace en los primeros momentos de nuestra adolescencia y sin duda alguna la verdadera amistad que permanece a pesar de que los años vayan pasando inexorablemente. Pero es cierto que

nace también la amistad, en el seno de una hermandad, dónde el trabajo, el amor a nuestros sagrados titulares y el vivir el verdadero camino de la fe, nos convierten en hermanos y nos hace sentir que no caminamos solos y que siempre, a nuestro lado, una mano amiga, nos acompaña sin pedir nada a cambio.

Y es dentro de las hermandades, dónde surgen aquellas amistades que comparten sudor, lágrimas, esfuerzo y trabajo, en esas benditas maderas llamadas trabajaderas.

Es aquí señores y amigos todos, dónde tuve la inmensa dicha de conocer a Antonio Marín Vallejo.....Sería a finales de los 80, yo, por aquel entonces era un chiquillo que empezaba con ilusión sus primeros años como costalero y él un jovenzuelo que vivía la ardua tarea de ser capataz.

Allí de la mano de su mentor y amigo, Javier Pérez, aprende a convivir de manera sencilla y humilde junto a una cuadrilla de hermanos, dando todo de sí mismo sin esperar nada a cambio.

Durante los años que fue capataz de Ntra. Sra. de la Amargura, nuestra amistad fue forjada día a día, y cuando deja de ser capataz, Antonio pasa a ser costalero de Ntro. Padre Jesús Nazareno, por su altura no puede ser costalero de la Virgen, y dejará en dulce letargo el viejo sueño de llevar a su madre de la Amargura. El tiempo, incondicional amigo en el trascurrir de la vida, va pasando y hace que nuestra amistad, lejos de quedar dormida, llegue a sentirse cada día más presente al compartir una misma ILUSIÓN.....al sentir que nuestras metas y nuestros sentimientos tienen solo un fin.... el vivir y el soñar una vida desde la fe y en hermandad.

Es en esta nuestra querida hermandad de Jesús, donde actualmente ostenta el cargo de Teniente Hermano Mayor y dónde tengo el gran honor y la inmensa dicha de ser compañero de junta, compartiendo por ello trabajo, esfuerzo, dedicación, esperanza e ilusión por nuestra hermandad, aquella que con sabiduría, sencillez y espíritu de entrega y amor nos dieron y nos enseñaron a vivir nuestros mayores.

Antonio es una persona afable, entrañable, sencillo, trabajador, solidario, amigo de quien le ofrece su amistad y ante los problemas que surgen en el día a día no se preocupa, sino que se ocupa, prueba de ello, lo demuestra cuando en plena juventud y disfrute de su vida, llevando por encomienda la

hermosa tarea de ser padre, tiene que vivir en un corto espacio de tiempo la pérdida de sus padres, y hacerse cargo junto a su hermano José Manuel, de sus hermanos más pequeños, dando sin duda ejemplo soberano de amor y verdadera familia unida, demostrando a todos aquellos que os conocemos la importancia del significado de verdadera familia cristiana.

Hoy, amigo, hermano.... cumplirás uno de tus viejos sueños y se hará presente lo que aquella sencilla mujer te dijo hace tiempo al salir de escuchar el segundo pregón allá en el consejo: ¡Niño, un día tú serás pregonero! Los sueños, sueños son, dale tiempo al tiempo.

Y es por ello que el sueño llegó y hoy te dispones a vivirlo lleno de fe, entrega y amor, dando sin duda todo lo bueno y maravilloso que tu corazón tiene....y permíteme Antonio la osadía y el atrevimiento que, por un instante me otorgo, al fijar mi mirada en esta primera banca, donde están sentadas tu mujer Beatriz y tus hijas María y Beatriz. Ellas son, la verdadera razón que tú estés aquí, ellas fueron el pañuelo donde derramaste tus lágrimas, el bastón dónde apoyarte en los momentos de incertidumbre y el espejo de alegría dónde reflejar tu sonrisa y sin duda alguna....las verdaderas e incondicionales compañeras en el camino de tu vida.

Dicen que detrás de todo gran hombre hay una gran mujer, puedo dar certeza de ello, a ti Beatriz, gracias.... por estar siempre ahí, en lo bueno y en lo malo, por ser en todo momento esperanza, ilusión, entrega, gracias por la amistad y el amor que regalas para con mi familia y para con todos aquellos que te rodean.

Y bien Antonio.....ese día ha llegado y te dispones a pregonar la Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor, según Mairena.

Nos contarás tus vivencias, que sientes al ver a Nuestras Sagradas imágenes, en una calle, en una plaza, en cualquier rincón de este bendito pueblo que vive, siente y promulga su fe.

Cuéntanos como viene Cristo vitoreado entre palmas y olivos, como es abandonado por sus discípulos, que piensa humilde y sencillo en esa solitaria piedra, como se abraza a ese madero donde tendrá una muerte.... muerte de cruz. Cuéntanos que no está muerto, sino dormido, porque al tercer día resucitará.

Sé que sientes un gran amor hacia María, dinos como viene de Ángeles custodiada, como es su inmensa Caridad, cuánto dolor siente al ver la espalda de su hijo, porqué se siente Esclava de su tristeza y cuanta Soledad lleva en su alma.

Tú y Ella, sabéis de ello..., os habéis mirado cara a cara muchos años, has sentido junto a Ella el Viernes Santo por la mañana, y sabes de su mirada, de su caminar por la calle de la Amargura, del consuelo de aquellos que la invocan y piden su protección.

Nos dice el Señor que para entrar en el reino de los cielos tenemos que tener el espíritu de un niño, pues bien, ese niño tuvo un día el siguiente sueño:

Soñó con una ermita vacía, las velas apagadas y en las paredes aún se oía el eco de los cantes de las familias Galo y Castulo. La Virgen presurosa al encuentro del hijo amado preguntó:

¿Hijo que sueñas....?

Madre, sueño con tener a tres hermanos de sangre en mi paso, uno ya lo tengo y va de patero, otro me va tocando con la trompeta notas celestiales que llegan al cielo, y el otro... un día será mi costalero y además cumplirá un viejo sueño, será pregonero.

Pero antes querrá el Señor que vuelva a sentir en su corazón lo que ya hace tiempo no sentía..., junto a sus hijas, vestirá túnica de cola blanca, faja de esparto, en el pecho, la cruz de Malta, e irán los tres juntos de la mano camino de San Juan de la Palma.

Y contará que se siente al pasar por la estrechez de Sierpes, que sintieron sus pies al pisar el frío suelo de la Catedral, faltará el aire en Francos, y sus pulmones se llenarán de gozo al ver cómo viene andando Jesús en el Desprecio de Herodes.

Y llegarán a un remanso de paz, a ese cachito de cielo donde rezan y cantan las hermanas de Santa Ángela. Y al llegar a San Juan de la Palma, los cuatro se abrazarán, llorando de alegría y ese momento jamás lo olvidarán.

Pero dime Madre, dime ¿Verá algún día cumplido su sueño?

-Hijo, los sueños, sueños son, ahora descansemos.

-¡Madre no puedo descansar, despierta que el momento ha llegado y ya está aquí el pregonero!

-Lo sé, yo ya así lo había dispuesto, hermoso don de aniversario....pero dile Hijo que no tenga miedo, que cerca estoy de Él, dale fuerzas en la encomienda y dile que su corazón y sus palabras acontezcan tranquilos porque en la lejanía del balcón del cielo están a mi lado Jacinto y María, verdaderos ángeles en este trayecto, haz que se abrace con fuerza al ambón como si fuera mi llamador.... aquel que acariciaba dulcemente cada mañana de Viernes Santo, el verdadero llamador de la fe en nuestras vidas y por decir, anúnciale que pregone sin miedo y con su fe por bandera, tu Pasión, Muerte y Resurrección, hazle sentir que ya estamos todos dispuestos, que levante este paso de fe, para hacernos sentir y vivir la verdadera entrega del hijo de Dios al mundo y encontrarnos de este modo si cabe, un poco más cerca de Ti.

Ha llegado el momento Hijo, ese momento soñado....

Antonio: hermano y amigo....con la venia del Señor...LA PALABRA ES TUYA, PREGONERO.

Señor;

Mi oración es plegaria de esperanza, por todos aquellos que viven en la necesidad o que yacen en su lecho acompañados por la enfermedad. Y por todas las almas que a través de la resurrección elevaste a tu reino, muy especialmente por las de mis hermanos: Pepetón, Domingo de la ronquita e Isaías Marín. Hazle ver a sus familias, que en el mismo momento que en la tierra su dolor rompió en un amargo llanto, allá en las alturas, estallaron en lagrimas de gozo, cuando al abrirse las puertas de tu reino, los vieron entrar caminando de tu mano.

PREGÓN DE LA SEMANA SANTA

MAIRENA DEL ALCOR

ANTONIO MARÍN VALLEJO

PRONUNCIADO EL 22 DE MARZO DE 2.015

PARROQUIA NTRA SÑRA DE LA ASUNCIÓN

Índice

Palabras de jesuistas, palabras del alma.....3

Tras las huellas de tus pasos.....5

Agradecimientos.....10

Nunca es tarde.....13

La blancura de la reconversión.....15

Su inmaculada luz.....18

No nos abandones en el pecado.....21

Mi caridad, mi cielo.....25

El árbol morado de la fe.....28

Encarnado en Santo Sacramento.....32

La belleza del dogma de la asunción.....36

La bondad de su sufrimiento.....40

Las lágrimas del hijo amado.....43

Guíanos a la resurrección.....47

La vida brota de la cruz.....50

En tu sagrario.....55

Espéranos en tu eterna amargura.....59

Palabras de Jesuistas, palabras del alma.

Palabras, las palabras que describen los sentimientos más hermosos del alma, las que pacientemente dormían sobre estas hojas de papel soñando despertar a los sones de Amarguras, para perpetuarse sobre la madera del ambón, cuando el muñidor de su pasión las transforme en sonido.

Palabra y madera, ¡que tendrá la madera Señor! Que solo con pronunciar o escuchar la palabra madera, el alma se nos llena de palabras, la boca enmudece los ojos hablan.

Camino a través del tiempo para desandar los pasos de mi vida, y recogiendo la memoria del pasado, la cargo sobre mi hombro para retornar sobre mis huellas, que pisaron las suyas, hasta el conmovedor encuentro del momento. Y hoy, sobre la madera echa reclinatorio me arrodillo ante un sagrario de "jesuistas irrepetibles", de algunos aún gozamos de su presencia, pero la mayoría pasaron definitivamente las hojas de su calendario en esta vida para cumplir años en la gloria. Ellos sembraron mi alma con palabras que surgen de la madera, me enseñaron que no es una materia inerte, sino orgánica: que respira, siente y tiene alma. Me transmitieron toda la vida que de ella brota.

Vida surgida de la madera de la cruz y del Dios que la cargaba sobre su hombro, la percibían en el tacto, entablando un dialogo desde la expresividad que les ayudaba a superar todas las necesidades de la hermandad, con un virtuoso trabajo en convivencia. Hoy esa catequesis de convivencia, la recibo por un majestuoso grupo de mujeres que conviven trabajando en torno a su hermandad, con el único fin como aquellos hombres, de servir a su comunidad cristiana.

Y los priostes de antaño, eslabones entre generaciones, que física y espiritualmente Dios en su sabiduría los ha hecho de nuevo

presentes, cuando nuestro Señor a través de uno, volvió a extender toda la devoción de la carne de su cuerpo revestida de madera sobre las manos de ellos. Llenaban mi alma con palabras que hacían crecer el tallo de mi vida, cuando con la delicadeza de sus manos lo coronaban de espinas, cuidando que ninguna de ellas traspasara la piel de su frente, o con la ternura que guiaban sus manos a sustentar el madero que sostiene nuestras vidas y soporta sobre su hombro.

¡Señor! Mira tus sobrecogedores brazos, contempla su fuerza y salud, y dale alivio a aquel prioste que sobre tus brazos dejó la salud de los suyos. Y un abrazo elevo al cielo, para aquel joven prioste de mi estirpe, que agarrado al madero marchó por siempre a tu lado, y aunque no pudo despedirse, en nuestra memoria perdura y vive con su eterna sonrisa.

Y cuantas palabras florecen como fruto en mi alma, con lo compartido con mis hermanos estos últimos treinta años, cuando la fuerza del costal hace hablar con crujidos y caminar a la madera. Especiales fueron aquellas que brotaban como cera entre la plata, hablaban los ojos con lágrimas que se fundían en abrazos, después de caminar hasta el desconsuelo, y entre oraciones, otorgar confianza ilustrando el cielo, que es nuestra esperanza.

¡Señor! Agarrado a las manos de estos jesuistas vengo a pregonar la obra de tu redención, aferrándolas a través de las mías a este madero que hoy es campanario, para ser el campanero de sus palabras, porque estas palabras que ya despertaron en sonido, brotaron de las ramas y el fruto de tu madero, pero sus semillas echaron raíces de mis hermanos que hoy pisan este suelo, y de aquellos otros que no olvido, y a tu lado respiran en el cielo.

Tras las huellas de tus pasos.

Lo que tu alma ignore puede finalizar cautivándote. Recuerdo mi primer viernes santo, cuando la penumbra de la tarde va dando paso a la noche, entre los brazos de mi padre encontraba el equilibrio de mi pequeño cuerpo, y tu Señor.... venías a nuestro encuentro, con tus brazos abiertos que se extendían como sombras en las blancas cales de entonces, y cuando parecías arrollarnos en un abrazo eterno…. pasaste de largo.

La primera vez, conformé mi alma siguiéndote con una mirada, que sin respuesta retorno triste a su origen. Al poco tiempo, cuando mis pies daban firmeza a mi cuerpo, fui a buscarte ataviado con un verde antifaz, pero al presentarme bajo los clavos de tus pies para conocerte en el breve instante de un cruce de miradas, tan pequeño fui incapaz de soportar tanto dolor, carecías de mirada y el aire de tu respiro había escapado entre la sangre por uno de tus costados abiertos. ¡Perdóname señor! Pero ¿Cuántos que no te conocían, al verte te contemplaron por siempre?

Jamás podré olvidar el despertar de aquel amanecer distinto, en el que todos mis sentidos cobraron vida.

Fue el día, que mi corazón

el alma me despertó a la vida,

cuando sobre un camino

mis ojos percibieron

las descalzas huellas

de sus pies doloridos.

Mi corazón como guía
destino puso al alma,
sigue sus pasos y camina
por esa larga vereda,
recoge la paz y calma
que darán sentido a tu vida.

Buscándote voy caminando
por este sendero de espino,
y aunque el aire de tu respiro
a mi lado yo lo siento,
lejos Señor, muy lejos
de ti me encuentro,
por mis errores hechos pecados,
que con súplicas de oración
yo te imploro el perdón.

Y para continuar hoy el camino
solo te pido Señor, que las lágrimas
no ahoguen las palabras,
cuando mis pasos alcancen la luz
y cargada vean tu espalda
con una pesada cruz.

De las heridas de tu pasión
del peso del madero
y tu semblante de perdón
vengo a ser tu pregonero.

¡Señor! Déjame agarrarme
al leño de la salvación,
déjame aliviarte del pecado
que en el paraíso nació.

Ya estoy en el madero

tu siempre delante

yo siempre detrás,

alarga tu zancá

nunca quedaré atrás,

y permite que este camino

que pregona tu verdad,

llegue al desolado

afligido y desconsolado,

al entristecido y penado,

que encuentren el amparo

refugio y abrigo

que buscan en tu regazo.

¡Señor!, los pasos de tus pies,

serán por siempre

mi destino al caminar.

Que en el surco de tus huellas

florezca la semilla

que alimenta la esperanza,

y la vereda al caminar

se haga sendero a la fe,

para que contigo señor

encontremos la salvación,

y seamos por siempre

eternos a tu lado,

para caminar sobre la arena

de un trozo de cielo,

que tu padre creó y bautizó

con el nombre de "Mairena".

Agradecimientos.

Reverendo Padre, párroco y sacerdote espiritual.

Excelentísimo señor Alcalde y presidente de nuestra villa.

Señora delegada de cultura.

Señor presidente y miembros del consejo general de hermandades.

Hermanos mayores y representantes de nuestras hermandades y asociaciones.

Estimados hermanos y hermanas en Cristo.

Mi agradecimiento a nuestro párroco, al presidente y los miembros del consejo por la confianza depositada en mi persona. Que en palabras de usted señor presidente, me animaba a que mis palabras dieran fe de lo que para los cristianos significa la semana santa. Y para este responsable encargo, sobre los costeros del ambón extiendo como sagradas escrituras el más bello dictado que mis hermanos de Jesús han realizado de sus sentimientos, y que he tenido el privilegio de recibir durante mi vida y compartir con ellos.

¡Y todo te lo debo a ti, Señor!

Gracias por haber podido conocer y disfrutar de mis padres, a los que dedico este pregón. Ellos formaron y custodiaron el corazón de mis hermanos y mío para testificar que en el amor está la base de la unión familiar, núcleo de nuestra sociedad y con sus madrugadoras muertes nos enseñaron que no caben despedidas, pues la única enfermedad que mata es el olvido.

A través de mis padres me rodeaste del calor de unos hermanos, que con nuestras miradas puestas en el madero que cargas sobre tu hombro, siempre estamos para ser cirineos los unos de los

otros. Y una familia que siempre estuvo acompañándonos, con sus manos dispuestas a cargar el peso del dolor cuando eran necesarias más de las que se disponían.

Gracias Señor por agarrar mi mano a la que es mi esposa, compañera de camino toda una vida. En la comprensión que da el amor fue muy fácil a su lado abrirse paso ante las adversidades, y qué bonita lección tolerar unidos en el silencio lo despiadado.

Y como agradecerte Señor, las dos gotas de tu sangre que confiaste bajo nuestra tutela. Ellas son los sublimes latidos de nuestros corazones.

Es conmovedor compartir con mis hijas el reencuentro con la penitencia bajo la elegante túnica blanca con la que la soberbia de Herodes quiso despreciar la verdad, y que el Señor en su nobleza con un atronador grito de silencio soportó entre burlas. Es emotivo asistir juntos al momento que el nazareno blanco con la cruz de malta en su pecho, abrazando la santa cruz de carey y plata la eleva invitándonos a seguirle.

Hijas, que siempre os recuerde con enternecimiento cuando eráis alzadas por vuestros padres para contemplar al hijo de Dios y su Madre. Caminad siempre en silencio pero con entereza, abrazadas a la verdad de la cruz, porque la verdad hace que la vida te abrase con respeto.

Y gracias Señor, por haberme dado tantos y buenos amigos como hermanos entre las hermandades.

Unas breves palabras quiero dedicar a Francisco Antonio, que hoy hasta este lugar me acompañó. ¿Si aún te preguntas el porqué tú? Pregúntale a tu fe...y te contestará, "porque ella así lo quiso", esa sería la razón divina, pero también hay razones humanas. En primer lugar por mi aprecio y cariño por los que

conformáis la familia Antúnez, y segundo, porque estaba escrito. "Juntos caminaremos con tus palabras", así reza la dedicatoria grabada en las pastas de tu bello pregón del costalero. Tal vez, porqué en esas palabras de tus hermanos costaleros, ya se intuía que algún día hasta este lugar habríamos de caminar juntos para transmitir en palabras la obra redentora del Señor. Es tu modestia lo que origina tu grandeza como persona, y esas palabras originaron el reencuentro de muchos Jesuistas para caminar unidos, y seguir conociendo al señor a través de personas como tú. Tú lo haces todo fácil y estás siempre que te necesitamos. Cuenta por siempre con las manos de tus hermanos de Jesús que te apreciamos y te queremos. Gracias por tus palabras, amigo, gracias por caminar unidos hasta este lugar, costalero, y gracias por hacerlo de la mano del Señor y la Virgen, hermano.

Nunca es tarde.

Todo regresará a la memoria, se desvelarán nuestros sentidos dando paso a la emoción, cuando el viernes de dolores tras el piadoso vía crucis, entre la oscuridad del templo avance una lumbre en hilera que irá doblándose en dos líneas, situándose una frente la otra, formando una perfecta senda entre una tenue luminiscencia.

Entre las leves llamas, con austeridad aparecerá un cortejo llamando a la muerte, vienen elevando al hombre divino que tras ser ajusticiado por un tribunal humano tras hablar en la tierra en nombre del cielo, ha sido declarado culpable y sentenciado a morir sobre la cruz.

La carne de sus manos y sus pies ha sido atravesada por clavos, los párpados cerraron el color y el brillo de sus ojos, y sus labios silenciaron palabras que sanaban, solo es un cuerpo amoratado y abierto a golpes con heridas que estremecen.

Sobre la tierra, muy cerca de él, con tres golpes secos golpea un llamador queriendo llamar nuestra atención, pero por nuestra ignorancia todo es inevitable. Se mueve la tierra, y con el sonido producido por el roce del esparto con el mármol se auto flagela en penitencia, no deseando realizar lo que le ordenan, erigirse en calvario.

El reo es exaltado por el hombre anclándolo sobre la cruz en la tierra, entre cuatro candelabros que lo custodian, recibiendo una lanzada con la que entrega su espíritu. El cielo se abre a la vida y clama contra la tierra, cuya conciencia tiembla y se oculta entre tinieblas.

Todo se ha cumplido, la madre del procesado está sobre sus pies, donde espera con dolor que desciendan su cuerpo para abrazarlo y darle sepultura.

Aparece un quejido, un lamento que rompe el silencio entre la oscuridad. Es el sentimiento de este pueblo que se hace voz a través de la primera saeta, proclamando como un centurión romano, que aquel al que hemos dado muerte "verdaderamente era el hijo de Dios".

Sobre su cuerpo no hay vida, su sangre deslizó por la madera de la cruz y estéril gotea sobre la tierra, ya que los seres humanos, no compartimos nuestras diferencias, nos las arrebatamos hasta destruirnos.

Con nuestros actos todos formamos parte del cortejo que llamando a la muerte avanzaba por el pasillo de luz, entre todos erigimos la tierra como calvario, y exaltamos al reo dándole muerte sobre la cruz.

Pero lo que con crueldad el hombre arrebata al hijo de Dios, el hijo de Dios con humanidad se lo ofrece al hombre. Cuando momentos antes, como humilde cordero partió sentado sobre una piedra para refugiarse en su reino, el sagrario. Lugar donde realmente se hace presente, y pacientemente nos espera como Santo Sacramento, para otorgarnos la verdadera vida.

Nunca es tarde, y en su infinita bondad nos ofrece la reconversión. Pronto volverá triunfante como el Mesías, nuestro salvador.

La blancura de la reconversión.

Nos alimentamos de la ilusión, esperando año tras año el renovado cumplimiento de la profecía de Zacarías.

El domingo de ramos es el día de la belleza. Desde el amanecer todo es diferente, despertáremos con una renovada confianza en la fe, cuando fijemos la mirada en la flor del naranjo, que derrama su esencia sobre nuestras calles y plazas, explotando su perfume en el aire.

Resplandece un sol con la claridad de otra época, para que percibamos la belleza en su perfección. A la belleza natural de todo lo que nos rodea, incorporamos la belleza divina con la que nos auxilia el alma, al contemplar el perfecto alumbramiento que dio a luz la madre del Señor.

El día que las palmas se entrelazan en abrazo, como preludio que el grano de trigo que entrará triunfante tendrá que caer sobre la tierra, y en abrazo a la cruz, perecer para dar su fruto.

El día que el brillo en los ojos de los que somos padres o son abuelos, delatan nuestro espíritu de críos. Es maravilloso cada domingo de ramos volver a sentirnos niños, ya lo anunció el Señor, "quien no reciba el reino de Dios como un niño no entrará en él".

Y la emoción pasa de sensación, a ser realidad, cuando nos encontramos de frente o al revolver cualquier esquina con el nazarenito, que camina al encuentro del Señor de la mano de su madre, de las mismas manos que vistieron la inocencia con una blanca túnica, y fueron bendecidas por lágrimas de gozo que momentos antes se desprendieron del cielo, y por los ojos maternos descendieron, cuando vestían al pequeño penitente. Sollozo que sale de aquella madre, que también tejió hábito para

la que hoy viste a su descendiente. Porque en semana santa, también del cielo bajan los sentimientos.

¿Cuántas de esas pequeñas túnicas no finalizarán rendidas en los brazos que las hilaron? Con un profundo sueño, acompañarán con palmas y ramos la triunfal entrada en tierra santa del salvador.

En lo más interno de nuestra alma, todo es clamor, algarabía y júbilo. Entrada la tarde, nos adentraremos en la barriada buscando a los mensajeros de Dios, será cuando comencemos a sentirnos como el pequeño y avaro Zaqueo. Quisiéramos llegar hasta el mesías que viene sobre un asno. Será verlo, y llenar nuestro corazón de alegría, e iniciar el principio de nuestra conversión.

Sobre la copa de la palmera Zaqueo contempla la entrada del Señor de la salud para reconocerse pecador, cortar palmas, y distribuirlas entre los pequeños nazarenitos blancos que de forma espontanea y entusiasta irán extendiéndolas y alfombrando el camino, haciendo de la calle Ave María una Mairena triunfante .Los niños irán conociendo a Dios a través del Señor de la salud, que sobre su asno avanzará entre la multitud radiante y dichoso, bendiciéndolos y proclamando, "dejad que los niños se acerquen a mi".

Es la barriada tierra fecunda donde germina la semilla blanca de la bondad, la inocencia y la pureza. De unas ruinas, elevaron un templo donde podemos cuidar la salud del alma.

En su capilla, la Virgen de los Ángeles en su dogma inmaculado encontró la divina morada del Señor ¡Señor que el refugio de tu salud sea por siempre nuestro cobijo!

La barriada es profecía,

Ave María puente a la gloria

en Amor de Dios, su cancel,

abrirse es maravillarse

Ángeles y Arcángeles

enviados blancos de Dios

tirando de un borriquito

que con un cascabel

anuncian a un justo rey,

que pare el tiempo

que doblen las campanas,

ya lo anunció el profeta,

entre una multitud

llegará el señor de la salud,

por tierra santa

hará su entrada,

aleluya, aleluya

¡Ya entra por la barriada!

Su inmaculada luz.

Un paso de palio se engalana de toda una belleza natural, pero lo extraordinario, es que nos transmite toda la luz de sentimientos que la vida nos ofrece.

Su llamador, es la frontera que delimita todo lo que tenemos o no a nuestro alcance, el límite que separa lo divino del cielo con lo humano de la tierra.

Bajo el palio, todo lo material está al alcance de nuestra mirada, pero se nos escapa en la distancia al tacto. En lo más profundo de nuestras almas, debemos mantener con vida los sentimientos en los que firmemente creemos, aunque no podamos observarlos ni palparlos, y pensemos imposibles de alcanzar.

Al contemplar la Virgen de los Ángeles sobre su paso, quisiéramos prolongar nuestras manos hasta rozar su carita morena, para por un instante, acariciar y sumergirnos en la inmensidad de su luz divina, pero nos resulta inalcanzable.

El solo hecho de pensar que se marcha de nuestro lado esa luminosidad de madre sin nuestra caricia, nos produce un reflejo de lágrimas sobre nuestras pupilas que nos salen del alma, con esa mirada cristalina acompañamos los reflejos del sol, alcanzando y acariciando las mejillas de su carita divina. Esa suave caricia sobre su rostro, nos produce un escalofrío imposible de definir. Con los sentimientos del alma, podemos alcanzar lo que creamos inalcanzable.

Desde el amanecer del domingo de ramos, aparece bajo la malla de su palio esperando alzar el vuelo como una hermosa mariposa, y repartir la esencia del azahar que sustenta entre sus manos. Al verla, comprendemos que su luz no tiene límites ni fronteras, no hay más que fijar nuestra mirada sobre su rostro y esperar que sea alzada al cielo, para sentir que la luz de su

inmaculado vientre se expanda mas allá de los varales, perforándonos el alma y cautivándonos.

Cada domingo de ramos, la alegría del barrio se ve reflejada en su palio de malla. Palio que extiende toda la luz que llega del cielo, creado con amor entre manos de vecinas y hermanas, verdaderas artesanas de la fe de su barrio para el pueblo. Aunque observemos que es un palio sustentado entre doce varales, si lo vemos con el alma, es un cielo transparente elevado por las manos del barrio.

Entre sus mallas, cada domingo de ramos penetra un rayo de sol, y sobre su peana nos deja a la madre del Señor, embriagándonos con la verdadera luz de la vida, no hay más que buscar sobre su cara de Ángel el destello de sus ojos, que son dos luceros negros, dos ventanas abiertas que con su luz nos revelan el dogma de su inmaculada blancura.

¡Madre de los Ángeles! Mira que mis ojos te ven; guapa, hermosa, agraciada, linda, bonita, gallarda, elegante, bella, apuesta, y así podría lanzarte toda una petalada de piropos, pero permíteme que te pregone, que con lo que nos diste a luz en tu impoluta blancura, sombra hiciste a tu divina belleza.

Porque de tu vientre Inmaculado;

***diste luz;** al amor*

y la compasión por el dolor,

***y distes luz;** a la verdad, a la piedad*

al gozo, la alegría y la felicidad,

***y distes luz;** a la justicia y la misericordia*

al auxilio y al remedio,

y distes luz; *al consuelo y al socorro*

al manso y al pacífico,

la honra, la dignidad y el respeto,

y distes luz; *a la salud y la pureza*

la esperanza y la paz

y eres luz, *en la salvación de las almas.*

Por ello, madre de perfecta procreación que haces posible que todo el cielo quepa en tu barrio, yo te imploro, bendita seas entre las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre;

Dios te salve María

Virgen inmaculada

madre de la Iglesia

reina de la barriada,

que no hay ángel

de más gracia llena

que tú, niña morena,

que asomas al dintel

y todo se hace calma,

cuando tu luz divina

se clava y nos ilumina,

la oscuridad del alma.

No nos abandones en el pecado.

Tras su triunfal entrada, el Señor padece un momento de debilidad, busca cobijo bajo un olivo para enjugar su llanto orando al padre.

Llena, la luna resplandece en las alturas, el aire se envuelve como brisa mezclando la sustancia del incienso con aromas de olivares. Aromas que emanan en su origen las tierras fecundadas por la semilla del credo en la huerta del retiro, y que una ligera corriente lleva como hojas en ramas, al huerto de Getsemaní representado en el impresionante misterio que cada miércoles santo marcha con valentía y gallardía desafiando al pecado.

Que conmovedor debe ser para ese prioste, subir cada año como cuidador del huerto, y ver como de sus piadosas y misericordiosas manos, crece el olivo donde el Señor encuentra cobijo a su agónica tristeza.

La pasión del Señor comienza cuando su corazón no controla su alma, turbada por los efectos del pecado.

Mientras las promesas de los que entregarán su vida por él acaban en un profundo sueño, el Señor se dirige al padre más en la debilidad que en la fuerza, rogando, "aparta de mí este cáliz"..... !Señor! ¿Cómo serian tus angustias de muerte bajo el olivo?, ¿cuánto espanto no te oprimía? Que estando la sangre caliente goteando por tu frente, el padre te envía a unos ángeles jóvenes que pretenden aportar los valores de su juventud.

Con un cáliz entre sus manos mientras los discípulos duermen, las almas de los jóvenes hacen vigilia junto al alma del Señor, dirigiéndose a él..... ¡Señor! Que no nos llamen despreocupados de ti y de tu palabra, nosotros los jóvenes estamos despiertos, despiertos a la vida, y queremos por tradición que cada miércoles santo una luna llena expanda su luz en la tierra del retiro.

A través de este cáliz te acompañaremos, nunca te verás abandonado, entrégate a nosotros como cautivo con tu sangre, y juntos nos postraremos de rodillas orando ante el trono de Dios padre. Extendiendo sus manos los jóvenes ofrecen el cáliz al Señor, el Señor acepta el cáliz de su padecimiento recibiendo la fuerza de la juventud. Es entonces cuando la tierra fecundada por la semilla del credo en la huerta del retiro, se hace sendero a la gloria.

Por la huerta del retiro

el latido sobrepasa

cada minuto que pasa,

haciendo fuerte el respiro.

Ansían poder levantar

sobre piedra, otra piedra,

sobre una espadaña, su cruz,

para que cada mañana

al tocar su campana,

en la huerta se haga la luz.

Desde esa tierra

al mismo cielo

se elevará un camino,

y bajo la sombra de un olivo,

el cáliz con su sangre

del retiro, será cautivo.

Bajo el frondoso olivo, el Señor ve deslizarse unas horribles sombras, las sombras del pecado que someten y prenden. Sale a su encuentro preguntando.... ¿A quién buscáis?, al perdón que desafía al pecado, responden.... "yo soy" afirma el Señor, "si me buscáis a mí dejad libres a estos, yo cargaré todo el peso".

Será entonces cuando el vástago de la mentira con un beso quede adulterado, y su alma prendida entre las tinieblas.

En la noche del miércoles santo una antorcha iluminará todo un misterio. Abandonado y traicionado aparece atado por una amenazante soga, de la que el pecado tira sin pudor con violencia. Entre guardabrisas, una leve luz irá iluminando un camino pedregoso, sobre el que el verdadero Dios avanza poderoso con el izquierdo por delante, dando largas zancadas sobre el terreno, camina con fuerza seguro de su triunfo para liberarnos del pecado y abrirnos las puertas de la gloria.

Sale a nuestro encuentro a protegernos de la malicia y la avaricia, de la soberbia, de la envidia y de las ingratitudes, porque aunque lo abandonemos, abandonándonos a nosotros mismos, él nunca nos abandonará.

Cuando el paso se nos venga encima, lo sentiremos llegar hacia nosotros para protegernos del mal, será cuando su corazón ya controle su alma.

¿Y yo me pregunto Señor?

Que si al sentir aquel beso

pensaste en nosotros.

En la burla cruel

de nuestros tristes pecados

que te profanan el alma

y no tienen fin.

¡Señor!, sobre tu mejilla

quedó marcado

nuestro beso de suplicio.

Y con manos atadas

y largas zancadas

caminas al sacrificio

cautivo por nuestros pecados,

¡Que tu corazón nos prenda el alma!

Encadenada a la imperfección.

El pecado es tan nocivo

que para que nuestro corazón

se sienta vivo,

buscamos tu corazón

implorando el perdón

para rendirnos cautivo.

Mi caridad, mi cielo.

Hasta su alma parece abandonarla. Es el sentimiento de la madre del Señor cuando con impotencia observa como su hijo atado de manos y con una larga zancada, se va distanciando de su lado. Se siente abandonada por la vida.

Es su vida la que ya camina prendida e inicia el sufrimiento de su pasión.

¡Ay señora!

Que solo te queda el sollozo de un lagrimeo que se siente abandonado, desamparado, y necesitado del auxilio que de nuevo le lleve a aferrarse a la vida.

¡Ay Caridad!

Aunque la ves alejarse y conoces su camino, no puedes caminar tras ella, solo puedes extender tus manos para que te ofrezcan la seda echa pañuelo, que limpien el sollozo de tu abandono.

¡Ay caridad!

-Que no tienes un fino palio entre varales que cimbrean.

-Ni bordados de oro, que se mecen entre bambalinas.

-Ni cera que acompañe tu llanto, sobre una resplandeciente candeleria.

-Ni jarras plateadas, que te embriaguen entre aromas de rosas, claveles y azucenas.

-Ni unos repujados respiraderos, para que el aire traspase hasta el cielo.

-Ni un llamador con su capataz, que llamen a tus jóvenes costaleros.

-Ni un pertiguero, que con su vara te marque el sendero.

-Ni una nota hecha música, que nos rompa el alma al pasar.

-Ni el sentimiento echo quejido, de una saeta que te reza.

-Ni un piropo perdido.

-Ni tan siquiera hoy, un pregonero que sepa realzar tu belleza.

¡Ay Caridad!

¡Como sentimos tu llamada!

Que nunca perdamos el rastro a tus ojos.

Sobre tu cara morena, solo tienes tres lágrimas que atravesaron el umbral de tu mirada. Lágrimas de esos Cristos desamparados; necesitados de pan, necesitados de palabras, necesitados de nuestro tiempo y nuestro amor. Esos Cristos abandonados que viven en la realidad de la miseria y la pobreza, esos indigentes que nos ayudan a encontrar el camino más corto para llegar al prendimiento con tu hijo.

¡Ay señora!

No podemos ser hombres de fe, y vivir con esperanza sin ti ¡caridad! Porque en la caridad que llevamos a los demás, encontramos la caridad de nuestras almas.

¡Ay Caridad!

Qué bonito suena tu nombre ¡Caridad! Que hasta un nudo se me hace en la garganta. Que no te quiero por lo que tienes, sino por lo que das a los demás.

¡Ay Caridad!

¡Cuando yo te veo!

¡Qué armonía en tu paso!

Bajo un crucero, solo tienes la madera de un pedestal y no necesitas más, porque es tu pedestal trono del cielo.

Extiéndeme tus manos, que son las manos del Cristo necesitado, para que me agarre a ellas como su maniguetero.

¡Ay Caridad!

Que ya imagino

lo que tanto añoro,

que tu palio es el cielo

¡Bordado con estrellas de oro!

El árbol morado de la fe.

Rompe el día con un cielo limpio, el sol asoma su luz por las blancas azoteas del viernes santo. Por nuestras calles emergen mareas moradas de capas que vuelan al viento.

Es el nazareno, que con pasión camina al encuentro de su devoción, el árbol morado de la fe que entre las ramas de sus brazos sustenta nuestras vidas.

Al entrar en lo más profundo de nuestro corazón, la candeleria de la madre es un resplandor iluminando el rostro más humano de Dios en la tierra. La sangre brota de las heridas de su frente, sus ojos achinados aparecen enrojecidos, sus mejillas están hinchadas y moradas a golpes, su lengua reseca entre sus labios entreabiertos, su espalda encorvada al límite de sus fuerzas, y sus pies descalzos, heridos y sangrantes. Observa la perfección del sufrimiento, que te otorgará la plenitud del sentimiento.

Parece como si hubiese regresado otro tiempo anunciado en las sagradas escrituras, "andaré entre vosotros y seré vuestro Dios y vosotros seréis el pueblo mío", y en ese momento, damos gracias a nuestros antepasados que nos enseñaron que la fe en Jesús, está y reside en el pueblo.

¡Señor! ¿Qué manos sostuvieron la gubia que perfiló sobre tu carne la serenidad de tu sufrimiento y la dulzura de tu mirada? ¡Mirada que nos llega al alma! Solo las manos de la fe lograron esculpir esta realidad.

Que misericordioso, compasivo y justo es este Dios, al que todo el mundo busca, ama y nadie abandona.

Como la pequeña niña, que lloraba amargamente sumida en el más absoluto desconsuelo, cuando los ojos de su padre se cerraban a su vida para siempre, al poco de haber perdido la

caricia y la mirada de su madre. Solo preguntaba entre un mar de lágrimas ¿Por qué Señor?, ¿por qué me haces esto?, ¿qué mal te hice? Su sacerdote junto a ella totalmente abatido, solo podía balbucear "a veces ni en el Señor encuentro explicación a las cosas".

Esa niña creció, se formó para ayudar a los enfermos, y hoy vive feliz junto a la familia que creó, y cada viernes santo la fe de su capa morada vuela al viento de la mañana.

A veces no hay un solo libro de teología donde podamos encontrar explicación a las cosas, sobre todo aquellas que nos producen dolor. Solo Dios poco a poco va actuando en silencio con su infinita sabiduría y misericordia, restituyendo nuestra pena por una aliviada dulzura.

Solo hace falta la fuerza divina que posee nuestro espíritu, para superar las angustiosas debilidades que se nos presentan, esa fuerza divina es la fe.

Es mi fe, la que hoy quiere dirigirse a los hermanos que más ama este Dios, a los que viven sobre las inseguras orillas del escepticismo. Llénate de luz, y pon alas a tu espíritu para que vuele conociendo la verdad de Dios.

¡Ve con él! Preséntate ante este nazareno que desata la fe. Ve ante el rostro que en la vía dolorosa quedó impregnado sobre una tela, haciéndose dueño de nuestros sentimientos.

Abre tu corazón, y escribe con sangre tu pregón, sobre las líneas vacías que tienes en ese libro que late por tu vida.

Ve y rézale, reza en la invisibilidad, notarás como aparece y se manifiesta este Dios cuyo cuerpo es de carne y hueso, este Dios humano que posee alma y te produce lágrimas solo con besar sus

manos o sus pies, y cuanto más le hablas más parece escucharte en el silencio de sus secos labios.

Busca el mensaje en su rostro y en sus manos, que nos invocan a seguir las huellas de sus pies descalzos.

Bajo su corona de espinas, en su rostro encontrarás el padecimiento con un dolor hondo, y unos ojos de espanto. Enfrenta tu mirada con la suya, mira a través de sus ojos, verás el largo y claro horizonte de tu vida llena de calma, vuelve a ampliar tu mirada a su cara, observarás ahora en una dulce mirada su semblante de perdón. Será cuando percibas una pequeña brisa de aire entre tú y el ¡Es... su respiración! No notarás el latido de tu corazón, pero escucha el suyo, el respira por ti, comprenderás que padece tu sufrimiento y con entereza vive entregado a ti.

Será cuando con sobrecogimiento, te encomiendes al madero que sobre su hombro carga y sostiene entre sus manos. El soporta todo nuestro dolor, todas nuestras penas, nuestras angustias y su padecimiento es un tormento que lleva con resignación, derramando toda su carga en amor por nosotros.

Busca a este Dios, que cargando con el madero de su crucifixión, caminó hacia las puertas de la noche abriéndolas de par en par, y con larga zancada, se adentro en la oscuridad de la casa hermandad que todos compartimos, y que solo en las mañanas de sol el canto de los pájaros rompen el sosiego y la calma. Hasta ese lugar le llevaron sus descalzos pasos, para visitar a todos los Cristos de ánimas que sostuvimos entre nuestros brazos, y cuando sus pies sangraban sobre la tierra más sagrada, elevó su voz para anunciarles, "no tengáis miedo yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo", e iluminándose a sí mismo, se quedó acompañándolos reflejado sobre la cruz como el Cristo de la paz,

marchándose sobre sus pasos, con un movimiento en los pliegues de su túnica que lo hacían más humano.

Búscalo al alba de la mañana del viernes santo, cuando carga y soporta la cruz de manera sobrenatural, cuando el costal es meditación y oración, y cruza un campo de cera morada que con sus pies descalzos va sembrando de fe, revelando el destino al pueblo que se hace peregrino. Cuando descubras el testimonio de la mujer valiente limpiando la santa faz de su sufrimiento, y al volverse al pueblo, adviertas tu rostro reflejado en el lienzo.

Síguelo, el camina de frente y descalzo con un recio andar, señalándonos el sendero de la verdad para que busquemos la tierra prometida, dejando sus huellas plantadas sobre un camino de esperanza, entre cuatro faroles plateados.

Te conmoverás cuando lo veas andar, tu alma despertará a la vida y le clamará ¡Vuélvete sobre tus pasos Señor, vuelve tu mirada! Verás tu pueblo detrás, el pueblo que ansia ser tu cirineo. En la enfermedad y la ancianidad déjanos agarrar nuestras manos a tu madero, como el tallo que se afianza a su raíz para vivir ¡Guíanos sobre tus pasos nazareno! Que contemplemos el nuevo amanecer de nuestras vidas, ¡ya no importa el destino, si por siempre a nuestro lado caminas!

Encarnado en Santo Sacramento.

Aceleré mi vida ofreciendo mi fuerza de juventud para ayudarte a llevar el madero, finalicé acompañándote en las lágrimas bajo la piedra y el monte de tu dorada canastilla.

No gocé del privilegio de ser tu nazareno en la tarde que la luz se hace hiriente, pero tuve el alto honor de portarte entre mis hombros.

Ahora sé, que como una profecía nací predestinado por mi sangre a ser tu costalero. En la antigua cómoda reposaba el relicario de mis antepasados, donde dormía la memoria del olvido, y descansaba la estampa de tu misterio. Desde esa imagen en sepia siempre sentí tu llamada, al llevar un lazo de sangre refundadora impregnada en mi cuerpo.

¡Señor! Abatido en el escarnio de tu cuerpo.... te sostuve en el calvario, y nunca podré olvidarte.

Cuando llegue al final de mi destino... ¡En mi calvario Señor! No te olvides tú de mí.

En la sed de tu trabajadera encontré mi devoción. A mi alrededor, entre costales de espinas bebí la sangre de tus heridas, y entre el racheo del esparto percibía tu presencia, cuando venías a purificarnos y encarnarte a nosotros, que es el encuentro del jueves santo.

En el día del amor fraterno, desde muy temprano ya notamos los aromas y el sabor añejo de nuestra Semana Santa.

En la tarde del jueves santo, al abrirse las puertas de la hermandad de la humildad, a los de mi generación nos invade la nostalgia, al echarse a la calle los primeros nazarenos de nuestra niñez.

En su interior se alza un martillo cayendo sobre sí mismo, su sonido retumba llamando al cielo, en la primera levantá del misterio que antecede a la muerte, que muy lento avanza temblando de dolor sus guardabrisas. La calle que se hace hondilla enmudece en su hora más trágica, cuando en su estrechez aparece el manso cordero derramando su salud por nosotros.

Cuando el paso parece que va a traspasar el muro de la fachada que anhelaba detenerlo, surge el prodigio, sobre las esquinas del canasto dorado cuatro Ángeles tiran de él y colocan de frente en la angosta calle, todo un viñero y un trigal.

¡Señor! En la primera revirá de tu canasto todos los rosales lloraban, cuando vieron que eran sus espinas las que abrían tus sienes, salvo el rosal que asoma en el primer balcón, donde florecieron las dos únicas rosas morenas y sin espinas, que con sus manitas de pétalos besos lanzan a tus heridas, para calmar tu dolor y ungir en perfume a su Ángel. Ángel que les guardas en tu gloria, soleano de costal y tallo del mismo rosal.

Cuando arrancas en tu imponente canasto, nos perforas el alma, se nos abalanza la emoción, y das vida a nuestros sentimientos al sentir que nos llamas.

¡Valla lección nos das Señor! Cuando vienes abriéndote paso por la calle del Santo patrón, con la mano sustentado la pena de tu rostro, meditando absorto, y llorando lágrimas de despedida cuando haces testamento antes de tu crucifixión."<u>En verdad os digo, que de hoy más no beberé del fruto de la vid, hasta el día que lo beba con vosotros en el reino de Dios</u>" e instauras la Eucaristía, donde te entregarás a nosotros en santo sacramento.

Al salir de la estrechez de la calle le esperamos en un enclave único, ese instante queda grabado en la retina del recuerdo,

cuando va rodeando nuestro símbolo, la parroquia, cuyas piedras se afligen contemplando el sacrificio del hijo de Dios, elevándose como peldaños de una torre, que si en nuestra última visita hace de escalera para nuestra asunción, en ese instante del jueves santo ejerce de dosel para el altar eucarístico que es su paso, donde nos ofrece el perpetuo paraíso de su gloria.

Entre la vida y la muerte pasa bajo el dosel, consagrando su sangre en vino y su cuerpo en pan.

Celebrando la eucaristía va la noche del jueves Santo. Baja por Real hecho Sacramento para entregarse en comunión a hermanos/as que dieron su vida por nosotros, y se delatan en canas de sabiduría.

Va repartiendo los dominios de su gloria, para que cuando nos elevemos sobre nuestros pasos, nos presentemos en las puertas que ansiamos, con las ofrendas empuñadas entre nuestras manos, y pregonen en las alturas, "abrid, abrid las puertas que comparece con humildad un alma de Cristo". Y una cruz de guía entre dos lumbres que van entre faroles, nos irán abriendo paso, y caminaremos entre rojos capirotes que con sus llameantes cirios alzados, formarán un túnel de luz, y al fondo;

En su piedra sentado

esperará el cordero,

que el Jueves santo

quedó sacramentado.

¡Señor humilde y paciente! Te entrego las ofrendas que con tu vida me entregaste en la tierra, para como anunciaste instaurando la Eucaristía, compartirlo a tu lado en el reino de los cielos.

Porque;

*-Fuiste **inocencia** en mi niñez, y tu cariño mi **inocencia**.*

*-Fuiste **fuerza** en mi juventud, y tu amor mi **fuerza**.*

*-Fuiste **experiencia** en mi madurez, y tu vida mi **experiencia**.*

*-Fuiste **sabiduría** en mi ancianidad, y tus evangelios mi **sabiduría**.*

*-Fuiste **luz** del sol, y lumbre de la **luz**.*

*-Fuiste **sombra** en la noche, y tu silueta mi **sombra**.*

*-Fuiste **aire** de la brisa, y oxigeno del **aire**.*

*-Fuiste **agua** de la lluvia, y fuente de **agua**.*

*-Fuiste **tierra** de la huerta, y alimento de la **tierra**.*

*-Fuiste **trigo** de la espiga, y pan del **trigo**.*

*-Fuiste **vida** ya en el vientre, y tras la muerte, ¡**la vida**!*

La belleza del dogma de la asunción.

Después de pasar el sentimiento vestido de mantilla, sobre un mosaico de paso que cobra vida, damos gloria a la hermosura.

En nuestros oídos resuena el roce de bambalinas con varales, y entre varales se abre una ventana al cielo.

Es la gloría un jardín con arriates llenos de flores, y entre todas ellas una que deslumbra, la única flor que nació sin tierra. La Virgen de los Dolores rompe en llanto implorando a la luna, que ilumine en plata para ver a su hijo reflejado en ella.

¡Dios mío, que hermosa eres!

Virgen fina, elegante y galana.

Señora que asomas

al balcón de la gloria,

y por unas horas

dejas y abandonas

el azul del cielo,

entre bordados

de bambalinas

vuelo das a tu belleza,

sin aire en tu pecho

tu corazón imanta

atrayendo los nuestros,

a los aceros de tus puñales

que son llaves del cielo.

Que tus manos

no sostengan pañuelo,

que no se pierda una lágrima

del resplandor de tu dolor,

que tus manos son candiles

que expanden luz entre tus velas,

y entre cales y balcones

podemos ver

en tu expresión de dolor

tu pena echa belleza,

y de las pupilas de tus ojos

como derramas llanto.

Disfruto de tus ojos vivos

que miran al cielo,

y entre vivas emociones

cruzamos la mirada

de lágrimas que caen

victoriosas al dolor.

¡Madre de gracia llena!

Rezo porque no lleves

tu hermosura,con esa tortura,

tan guapa y bonita vienes,

que nuestro dolor

se calma y embelesa

ante tu inmensa belleza.

Es de locura el ornamento de tus flores, acompañada de la luminosidad de tu candeleria ¿Es así tu gloria Virgen de los Dolores o es tu paso un jardín de fantasía? O tal vez señora contigo transitan nuestros sueños.

Capataz cuando aparezca por Alconchel, detén su paso y manda a su "aguaor" con el cántaro a llenarlo de su fuente. "Aguaor" da de beber a los costaleros que guía bajo su rojo terciopelo, que al igual que en Caná, ella hizo de mediadora y al pasar su hijo por ese lugar, convirtió el agua en vino ¡Dales de beber aguaor! Que es largo y duro el camino hasta el jardín del edén, y con ese agua saciarán por siempre su sed.

En su retorno, la calle hondilla espera con delirio para rendirse a su paso, saben que aunque cayera toda la oscuridad de la noche sobre la calle, en el reino de la humildad habrá más luz que nunca. Esa noche es templo con el sagrario del cuerpo de Dios esperándonos, ella en sus últimas chicotas irá acercándonos para unirnos a él.

Cuando exhala la fragancia de su jardín, el aire se detiene a oler su aroma y los piropos ponen rumbo a su mirada ¡Siempre tu mirada señora! Porque observando tu mirada al cielo, en ti confiamos nuestras almas.

Poco a poco camina por la antigua calle, que cada vez se estrecha más transformándose en pasillo a la gloria, sus faroles de cola se mueven en perfecta armonía, y cuando la belleza y la gracia se mecen entre la tierra y el cielo, sus varales son rejas que nos dejan ver el paraíso y que siempre tendremos abiertas.

Cuando la madrugá pone en el aire de la noche sus acordes, un sutil toque de campana llama nuestra atención, para que levantemos nuestra mirada, y descubramos como la madre del Señor se acerca cada vez más a Dios reflejado en la luna, haciéndose tangible en el dogma de la Asunción "mirad, mirad como sube María al cielo en cuerpo y alma".

Algarabía entre nubes

retumban campanas

suenan trompetas

de los ángeles de Dios,

la que en la tarde bajó

con siete puñales

clavados de dolor

como madre del Señor,

sube en la noche

con las llaves del sagrario

en el altar de su pecho,

como reina del cielo

y madre de Dios.

La bondad de su sufrimiento.

Ahora subo por la rampa de mi parroquia para elevarme en las alturas, pisando la tierra a lo más alto llegan mis palabras a buscarte, al calvario.

Subo entre tinieblas, cuando el resplandor de la luna no puede atravesarlas, no brillan las estrellas, no hay luceros ni cometas, la noche llora su pena disfrazándose de muerte, pero lo hace para burlar a la propia muerte, pues en el momento de su último suspiro el señor es cuando más se va acercando a nosotros.

Siento temblar la tierra sobre mis pies, y un profundo frio traspasa mi piel, cuando alzo la mirada y observo que esa noche la única luz que brilla, mana de la cruz.

Aunque es terrible comprobar que ya no hay modo de llegar a él, ya agonizó y todos sus sentidos presentan el signo de la muerte, en el pórtico de su gloria, Cristo nos enciende la fe.

El aparece sereno y tranquilo reposando su muerte sobre la cruz, y da luz a unos cirios que forman un resplandor entre un bosque de fe, formado por capirotes verdes. Cristo domina a la muerte, cuando en la noche del viernes santo aparece unido a la cruz.

Crucificado y sin mirada, ya nos habla desde el tránsito, venciendo al dolor y al mal. Cristo muere por un instante, fue expirar, y sin llamar se le abrieron las puertas del cielo.

Sobre la cruz se producen los diálogos y hechos más asombrosos de la pasión, que ponen de manifiesto la inmensa bondad del Señor. Se produce la reconversión del buen ladrón, y el Señor le revela el cielo, para caminar juntos esa misma tarde llenos de consuelo hasta él, a la madre la absuelve de la pena, cuando momentos antes de perecer, le presenta al hijo que creía perder.

Y lo más extraordinario, es cuando pese al enorme daño moral y físico infringido, el Señor perdona, derramando su sangre sobre la tierra, liberándonos la eternidad... y todo por amor a nosotros.

Los hermanos de Vera-cruz, durante todo el año tienen la misión de custodiar la infinita luz de bondad que el señor representa sobre la cruz, pese a tener que padecer un inmenso dolor, al ver constantemente la crueldad del hombre sobre el cuerpo del Señor. Ellos lo soportan haciendo de su fe una muralla infranqueable.

Cada noche del viernes santo, un perfecto cortejo de nazarenos, vienen proclamando que tomemos nuestra cruz y le sigamos. Nos llaman anunciándonos, "ven con el Señor de la Vera-cruz, haz una profunda reconversión en tu vida e ilumínate de bondad", y con una suave lumbre abren paso a este Dios, que esa noche es una incandescente llama, que sobre la brisa de la noche en perfecta armonía y estética, abre sus brazos repartiendo amor y perdón.

¡Señor! Que Mairena sea tu perfecto guardabrisas, para que tu caminar no se convierta en un deambular que haga que este pueblo se quede entre tinieblas.

Bajo un reguero de sangre, que forma a su alrededor un cáliz de claveles rojos, y acompañados por una música triste, el costalero como el buen ladrón, con el Señor camina hasta su reino. Envueltos entre zapatillas negras con la llamarada de su amor, poco a poco con un caminar lento y austero, nos lo van acercando a las puertas del cielo.

¡Ahí tenéis a Dios clavado en el madero!

¡Miradlo, miradlo con los ojos del alma!

¡Miradlo crucificado! Sus palabras quedaron talladas con su sangre sobre el madero, será como si por un instante, con una sola mirada leyerais los evangelios.

¡Ábrele tu corazón¡

Que su alma ya en tu puerta la tienes.

¡Ábrela!

¡Que es como abrir la gloria, para que el alma de Cristo entre!

Las lágrimas del hijo amado.

En todos los cobardes procesos a los que fue sometido, siempre acompañó desde la cercanía a su hijo.

La madre del Señor se hizo fuerte bajo los pies de la cruz, a su lado permaneció estremecida con un dolor sereno observando su agonía, y con fortaleza esperó y abrazó su cuerpo destrozado.

En este Gólgota tallado que hace de retablo, aún hoy después de tantos años, la madre del Señor permanece incansable día a día llorando a sus pies.

No hay vez que nos acerquemos a ella sin que nos cautive su rostro. No hay rostro más perfecto que exprese el dolor de una madre que acaba de perder a un hijo, como se manifiesta en la Virgen de la Ancilla. Es tan real el suplicio de su pena, que estoy seguro que si colocáramos nuestras manos sobre sus mejillas, por ellas gotearían un manantial de lágrimas, lágrimas de desconsuelo. Pero si es la perfección de la expresividad del dolor, también nos enseña a superar las dificultades de la vida.

¡Señora! Eres tan perfecta, que hasta dan ganas de entregarse al dolor simplemente por estar a tu lado como el discípulo amado. No podemos vivir sin aceptar el dolor, porque el dolor es amor.

Ella durante todo el año vela su cuerpo en esta parroquia, y pacientemente solo llora y espera a las plantas de su luz, que baje de la cruz para abrazarlo y fundir sus lágrimas con la sangre derramada.... excepto la noche más mortecina.

Cuando los ojos de la virgen son dos ríos de lágrimas, que siguen el cauce de doce varales plateados, y entre flores, lumbres de cera e incienso, van purificando el espacio donde la Virgen menos consuelo encuentra.

En ese momento, comienza un dialogo entre el discípulo amado y el capataz;

¡Capataz!

¿Dónde la llevas?

¿Hacia dónde guías sus pasos?

No ves;

que su cara es un poema

de drama y llanto,

su pena es un tormento

al ver al hijo muerto,

no ves;

que no se quiere separar,

que solo a sus pies

quiere esperar,

que no hay flores

que la consuelen,

ni se duerme

con el tintineo del varal,

ni se ilumina

con la lumbre de la cera,

¡capataz! no ves;

que para ella, esta noche

todo es oscuridad,

que ella a sus pies

como esclava ansiosa

espera el destino,

esperando abrazar

el sueño de la muerte

antes que esta despierte,

¡háblale capataz!

Dile porqué camina,

no esperes más.

¡Señora!

Que tú le seguiste,

en la cruz le viste

agonizando al redentor,

y perdonando por amor

cuando al hijo te presentó.

¡Señora!

Que compartes el dolor,

te llevo por calles y plazas

por rincones y esquinas,

entre naranjos y olivos

y entre saetas por los balcones,

por este balcón de la gloria

por esta gloria, que es Mairena,

porque al igual que tú,

cuantas madres en pena

al perder al hijo amado

como aquel viernes de calvario,

con dolor y padecimiento

con angustias y sufrimiento.

¡Y tú! Madre que la esperas,

acércate a ella, no tengas miedo,

clava tu mirada en su pena

es tu alma en un espejo,

pon tu mano en su mejilla

notarás una lágrima caer,

es la lágrima de tu hijo

que llora al verte padecer.

*(hijo)..**¡Madre no llores por mí!***

Ya me anunció el Señor

y a sus pies estoy,

velo su luz

con ella a mi lado,

¡Mírame junto a ella!

¡Soy su hijo amado!

Guíanos a la resurrección.

Que crueldad más extrema, mientras el hijo se acerca a la sepultura, María queda sumida en una profunda soledad.

En la noche más oscura, a lo lejos observamos un conjunto hermoso entre el luto de un negro riguroso y una plata encendida, reflectándose el corazón de María en soledad. Allá por donde pasa muestra un dolor que ahoga.

En la cercanía, es inevitable contemplar el encanto de sus ojos, pero su mirada parece ausente y perdida. ¿O será Soledad que tu nos miras y solo encuentras ausencias?, entonces no andará perdida nuestra mirada, perdida camina nuestra conciencia.

La soledad de María, solo se acompaña por el dolor hecho llanto, llanto que salpican sus bambalinas que lloran; por la soledad de los ancianos, la soledad de los enfermos, la soledad de los pobres y la de aquellos que la vida se les presentó inerte cuando fueron abandonados. Ella pasa entre suspiros y lamentos que el aire va meciendo y que al cielo desgarran.

Mientras la vida del Señor duerme, la Virgen viene a nuestro encuentro, y nos acompaña para que nadie se pierda o desoriente en el camino, arrancándonos y despertándonos la conciencia a la soledad. Ella nos da su mano, y como un lucero protector nos guía en el camino a la resurrección.

En su ausencia, el Señor, deposita su palabra en el pueblo, que tras los pasos de María en soledad imploran una predicación por la atención a los enfermos y compromiso con los necesitados.

Ante la plegaría del pueblo la Virgen es como la estrella, que si un día brillaba y resplandecía sobre el cielo orientando a unos adoradores, ese día en la tierra es plata fina, y se ilumina de la cera que vencida a la pena gotea, cuya estela es un negro manto que conduce al pueblo iluminando el camino hasta el pesebre de la resurrección.

En la sepultura, a la Virgen y al pueblo les presentan el cuerpo del Señor inerte entre blancos sudarios. Pero sus almas quedarán prendidas de los ángeles que esperaban a la Virgen apostados sobre rejas vestidas con balconeras. En el doloroso momento de la despedida, la saeta vestida de luto se inspira, arde y llora clavándose de emoción e hiriéndonos el corazón, cuando poco a poco sobre los balcones, al igual que la vida del Señor sobre la cruz, se va apagando.

Cuando el silencio

envuelve la noche

y todo es calma,

en el aire se mece

un lamento, lamento

que al cielo desgarra,

una estrella que antaño brilló

hoy baja de negro terciopelo,

no hay pañuelo para sus lágrimas

ni para su lamento consuelo.

Soledad que todo lo invades

el alma y la razón,

¿quién cerró tu corazón?

te acompañas de la tristeza

te embriagas en la pena,

fui a buscarte

en el cielo de tus ojos,

y solo encontré

una mirada de ausencia.

¡Mírame Soledad!

Quiero acompañar tu tristeza

y embriagarme en tu dolor

para alimentar mis sueños,

porque no poseo destino

si no te tengo,

porque nada tengo

si no me guías en el camino.

¡Soledad!

La vida brota de la cruz.

Todo parece perdido, nuestro cuerpo parece hueco, sin alma. Cualquier sentimiento se hunde en la desolación, cuando en la céntrica plaza de las flores aparece la santa cruz, sobre la que cuelgan unos lienzos blancos y reposan dos escaleras, signos del descendimiento.

Los jóvenes de la hermandad del Santo Entierro, como descendientes que van recibiendo la fe en Cristo, nos ofrecen a través del paso de la cruz la existencia de la nueva vida que sobre la madera brota.

Sobre ella el Señor inició su reinado, pues si creyeron clavar y exaltar a un simple reo, no hicieron más que elevar al hijo de Dios sobre la tierra en el preciso momento que es alzado sobre la cruz, proclamándolo Rey, e instaurando la cruz como símbolo de su reino.

Lo que contemplamos como un madero seco y abandonado, estos jóvenes nos lo muestran cada sábado santo como señal de verdad y vida. Bajo un monte de claveles, empapados con la sangre de Cristo, y entre cuatro hachones que se alzan iluminando el trono de Dios, avanzan entre la oscuridad de la noche manifestándonos la verdad del madero.

A un seco madero

una vida clavaron,

el alma elevaron

al Dios verdadero.

Pese a su juventud e inexperiencia, se apoyan en la fuerza de su fe para elevar entre el cielo y la tierra el triunfo del Señor sobre la cruz, recordándonos el compromiso que tenemos sus

ascendientes, de entregarles cuando les llegue el momento todo el fruto de este madero repleto de vida.

A los pies de la cruz, reposa una corona de espinas y tres clavos que sobre la tierra gotean sangre, plantando en ella la semilla de la nueva vida que redimirá. En la fecunda tierra se echa un pelícano, que con hechos relata a sus hijos lo acontecido sobre el madero que tiene a sus espaldas. Es como el misionero que entrega su vida para alimentar el cuerpo y el alma de los más necesitados.

Pero nuestros sentimientos no son capaces de percibir este mensaje lleno de esperanza, por lo que todo lo que en la tierra siente se manifiesta en duelo.

Una campana hace de muñidor, y con un lento repique anuncia un entierro.

¿Por qué la campana anuncia muerte?

Cuando sobre la cruz vida se desprende.

Instantes después, observamos entre sábanas de mortajas al Señor yacente. Es tan dulce la expresión en su rostro, que parece dormir en un sueño su muerte. Y desde el silencio, todos nuestros sentidos entran en la más profunda meditación.

En ese preciso momento nuestra conciencia es un revuelo entre la tierra y el cielo. A la cercana nostalgia de estos días atrás, se nos une la melancólica añoranza que nos produce el recuerdo con los que compartimos años anteriores las vivencias de estas fechas, y que ya no están.

Días atrás, entre nuestras manos percibíamos la plena felicidad, tocando la gloria desde la hermosa y perfecta luz del domingo de ramos, y ahora todo parece haberse desvanecido, todo se ha

sumido en la tristeza y la desolación, miramos nuestras manos y al igual que el día se tiñen de un negro luto.

En ese momento desafiamos al tiempo, anudamos nuestras almas, a la memoria de aquellos con los que compartimos antifaz o pisada de esparto, y que marcharon al paraíso con su medalla en el pecho.

Ellos cada sábado santo, quedan en la gloria para realizar el camino contrario a su ascensión, posan sus manos a las sábanas que envuelven al Señor yacente, trasladándolo por Alconchel, ascendiendo su cuerpo por Arrabal y descendiendo su alma por Mesones, hasta el sepulcro tallado en el corazón de Mairena. En urna de cristal nos lo entregan a las puertas, y antes de yacer en nuestro recuerdo, nos dejan el mensaje que ellos ya conocen.

"Ahí os lo presentamos a las puertas de la resurrección".

"El se convertirá en preso de vuestras súplicas y carcelero de vuestras almas".

En el interior de ese sepulcro, Cristo culminará su obra redentora.

¡Quién pudiera Señor!

Tallar mis manos

sobre las tuyas,

y reposar a tu lado

mientras duermes

el dulce sueño

de la muerte.

¡Quién pudiera Señor!

Tallar mis manos

sobre las tuyas,

dejar mi cuerpo en duelo,

y al tercer día

elevar mi alma al cielo.

¡Quién pudiera Señor!

Tallar mis manos

sobre las tuyas,

y llegado el momento,

sentir de nuevo el pulso

que de tus venas emerge.

¡Quién pudiera Señor!

Tallar mis manos

sobre las tuyas,

y sentir el despertar

de la nueva vida

que sobre ti florece.

¡Quién pudiera Señor!

Tallar mis manos

sobre las tuyas.

En tu sagrario.

Como anunció a sus apóstoles, al tercer día de su muerte el Señor resucitó. Dios es un ser único que se nos presenta a través del dogma de la trinidad como; Padre, Hijo y Espíritu Santo.

En Junio, en el día del Corpus Christi con solemnidad adoramos la presencia de Jesús en cuerpo y sangre, pero en Marzo a poco de estrenar primavera, es cuando más tangible se manifiesta a nuestros sentidos.

Sobre las calles serpentean largas colas de promesas, implorando por la salud de los suyos, que sobre las manos rogantes se funden como cera cayendo sobre el suelo.

¡Cristo de la cárcel! Ten siempre presente las peticiones que tu pueblo en forma de súplicas desploman sobre tu camino, y a tu paso levántalas, como levantaste camino del calvario por tres veces tu sufrimiento

Al pasar entre nosotros, contemplamos en pocos segundos con los ojos sumidos en la humedad del dolor, un fuerte resplandor plateado, que ni el más escéptico entre los escépticos, puede negar que ese resplandor emana del hombre más justo que hasta hoy y por siempre ha habitado y habitará el universo.

Tan humilde fue, que solo tuvo como poder y bien su palabra, la que compartió con todos nosotros sin nada a cambio, dejándonos testimonio de amor y perdón.

Después de contemplarlo, podemos advertir el sonido de su voz y sus pasos. Lo percibimos a través de las plegarias encadenadas a grilletes de anónimos penitentes, que caminan poniendo a la luz una mirada de ojos dulces y unos pies descalzos, que siguen la dirección de su resplandor.

¡Señor! Para esos penitentes, el sufrimiento de tu pasión es el sufrimiento de su pasión, y ten por seguro, que tu resplandor seguirán el resto de sus días, pasando sus grilletes de sangre a sangre. Ellos serán como aquellos doce que te siguieron en la tierra, pero ninguno te entregará, te negará ni te abandonará.

De entre los días de nuestro Cristo de la Cárcel, yo me quedo con aquellos que nos recibe en la intimidad de su acogedora casa, recibiéndonos por siempre con los brazos abiertos.

Al cruzar su cancel, dejamos fuera todo ruido que impide la reflexión, encerrándonos a solas con el hijo de Dios.

Desde sus puertas, ya sentimos que no estamos dentro de una capilla, Iglesia, o una impresionante catedral, es algo superior y divino, al entrar nuestra alma en la más profunda exaltación de sentimientos, alcanzamos a comprender, que nos encontramos en el interior de su sagrario.

Es en ese lugar que hace refugio de su cuerpo y sangre, donde más cerca convive con nosotros, donde es más notable el recogimiento y más notoria la calma hecha del silencio. Entre la oscuridad, un halo de luz refleja su carne, nuestros ojos se vuelven cristalinos y nuestro cuerpo se estremece, contemplando los signos de su resurrección. Lo contemplamos fuerte y todopoderoso sobre la cruz, como Rey del cielo y la tierra, e inmortal por su triunfo sobre la muerte, apoderándose de nuestras mentes una de sus frases más contundentes "Yo soy el camino, soy la verdad y la vida".

Es en ese momento donde más notamos su presencia, donde más cercanos nos sentimos a él. Tan en cuerpo y alma lo sentimos, que la palabra a través de la oración se hace dialogo con el hijo de Dios, al transformar nuestra alma en tímpano y escuchar su voz.

Tu Señor de Mairena, que eres confesor nuestro y lo fuiste de nuestros ascendientes, te convertiste con el paso de los años en preso de nuestras plegarías, preso de nuestras súplicas y preso de nuestros lamentos. Eres reflejo de nuestras vidas, y reflejo de las vidas de los que partieron para descansando su cuerpo, dejar dormidas sus almas presas sobre las gloriosas murallas de tus acogedores brazos.

¡Señor! No solo eres amparo de nuestras súplicas en vida, sino que eres eslabón de nuestras almas y las almas que marcharon a tu presencia.

¡Qué paradoja más grande se te da en Mairena Señor, al ser preso y carcelero a la vez!

Dios en Mairena habita,

preso de nuestras plegarias

amparo de nuestro corazón

carcelero de nuestras almas

de la vida y la muerte eslabón.

En la inmensidad de tu amor

nos llenas de pasión,

y sobre ti pesan

nuestras más firmes promesas.

Ante ti, me pongo de rodillas

y por la sangre

que recorre tus mejillas,

te daré por amor, tantos besos

como tantas almas

cuyos cuerpos sepultados

descansan en calma.

Eternas duermen

entre tus brazos

las almas confesas,

que de tu amor

quedaron presas.

Espéranos en tu eterna amargura.

Poco a poco la palabra se apaga, ya solo espera que la extinga el clavel como extingue la luz de la candeleria, cuando el tiempo del día más esperado toca a su fin.

Pero mis sentimientos retroceden en el tiempo para cobrar vida, situándose en el inicio de mi destino. En la ermita que da nombre a un mártir romano convertido al cristianismo, San Sebastián, lugar donde más se desata la fe mariana de este pueblo, seremos huérfanos si no percibimos a la Virgen María como a nuestra madre. Ella es el cimiento para que a través de su hijo eleve mi fe.

Cada ocho de Septiembre, con veneración nace para los remedios de nuestro pueblo, que la recibe con la dulce fragancia que despiertan las varas de nardo, anunciando su alumbramiento con coplas entre campanillas. Por pentecostés, la seda blanca de su pañuelo como paloma alza el vuelo, descansando sobre nuestras cabezas como Rocío del cielo, ayudando a nuestras almas peregrinas, a caminar sobre las arenas que nos llevan al encuentro con el espíritu del hijo, que por siempre nos acompañará. ¡Señora! No dejes ni un solo peregrino en el camino, haz de quién lo necesite sus piernas alas, y que vuele encarnado en su propio espíritu hasta tu regazo.

Seas Remedios o Rocío, abrázanos siempre, para que constantemente nos encontremos entre los brazos que nos dieron la vida.

Y como ejemplo y testimonio de Amor a los más necesitados Santa Ángela, a la que Juan Pablo II beatificó y canonizó, pero fue por su constante ofrenda de poner sobre las manos del mendigo el pan de vida, por lo que el pueblo concedió el más hermosos de los títulos "madre de los pobres".

Santa mujer, semejante a la madre del Señor en no rehuir a los encuentros dolorosos.

La expresión de la Virgen María, quedó perpetuada cuando en la vía dolorosa su mirada se topó cara a cara con el inmenso sufrimiento del hijo. Ahogada en un llanto que no rompía en aliento, su alma se convirtió en un mar amargo, de ahí su Amargura.

Pese a la dureza del momento, tuvo el coraje de salir a su encuentro, y el convencimiento del triunfo de su maternidad provocó el gesto humano de una mirada limpia llena de dulzura y ternura que conmovió al hijo, rindiendo su corazón a su pureza de madre. ¡Qué belleza de rostro y alma de Dios, cuando la madre remedia su inmenso sufrimiento!

Virgen y madre, generosa y humana por siempre. En el alborear del viernes santo y acompañada por San Juan el discípulo amado, busca el sufrimiento para dejar consuelo allá por donde pasa.

Bajo palio, sus varales se contornean vencidos a la valentía de esta Madre, que sale al encuentro de los que ya nada esperan. Ella a sones de bambalinas, camina buscando las penas que pesan sobre tu hombro, y al encontrarte en el silencio de tu duelo clava su mirada en tu desconsuelo, refugiando el llanto de tu amargura en su manto de compasión.

En ese encuentro con tu madre, donde volverás a sentir la ternura de su rostro y la dulzura de sus ojos, del repujado de sus jarras como enredaderas sus tallos se alzan, para que los pétalos de sus flores se posen sobre tus manos llenándolas de esperanza, y hasta la cera llora, deslumbrándote y acompañándote en la emoción, cuando el aire te envuelve en un terciopelo morado de fe.

En ese momento te descarga de tus sufrimientos, te arrebata tus padecimientos llevándoselos consigo en su pañuelo, ya que en su alma no cabe más dolor por la espada que le atraviesa el pecho.

El encuentro con la Virgen de la Amargura es el misterio de la semana santa, porque cuando ella pasa, pasa toda tu vida por delante y en ese reencuentro con tu madre, del sufrimiento del alma te arranca la primera lágrima de esperanza.

¡Madre!, no existe remedio a tu dolor, por ello siempre será inconsolable tu Amargura.

No me quedan ni necesito más palabras para describirte, pero no me marcharé de este lugar sin declarar mi amor al rostro donde más confianza tengo para expresar mis angustias y donde más cobijo encuentro.

Hoy en este santo lugar retumbo Amarguras, y el aire se cubrió con el perfume que más me embriaga el alma, esa mezcla de la flor del naranjo con la pasión de la rosa, que dejas allá por donde pasas. Hoy desde ese mágico momento sentí tu presencia.

-Volví a ver el rostro que el aire moldeó a través de las manos de Dios.

-Volví a sentir tus ojos sobre los míos, cautivándome tu dulce mirada de lágrimas desesperadas.

-Volví a sentir tu pena más amarga, que en tu pañuelo se impregnó eterna.

-Volví a ver tu suspiro volando entre la brisa, e iluminado por la luz de tu candeleria.

-Volví a sentir el llanto de tu alma, que nunca descansa en tu interior.

-Volví a sentir la amargura de tu corazón, que siempre consuela al sufrimiento.

-Volví a sentir la caricia de tu mano sobre la mía, y con esperanza caminé a tu lado por el puente que divisa el azul del cielo.

-Y agarrado a tus respiraderos, volví a asomar mi alma, y eran tus trabajaderas espejos de hombres que daban su vida rezando sobre ellas. Hombres que sudaban y lloraban fe, cuando en fe se convertía la amargura que recogías y sobre ellos derramabas.

¡Madre! Ellos me mostraron el rostro de tu hijo en la tierra, cuando al levantar un faldón, los descubría entre lágrimas cargando con padecimiento el madero. ¡Eso es ser costalero! Sentir a tu lado respirar al Dios vivo, que te necesita y a la vez te ayuda para caminar con el sufrimiento hasta el cielo.

¡Madre llévanos de la mano, no nos sueltes en el camino! Que la primera visión clara que tengamos después de caminar por la oscuridad, sea tu rostro esperándonos en la puerta.

Puerta que cruzaron costaleros de tu Amargura que con flores los recibes en el cielo, y es tu dulce mirada reflejo de las suyas, por eso madre;

Busco en tu mirada,

la mirada del llanto,

llanto de los ojos,

ojos que se fueron,

que escuchen mi oración,

oración para el cielo,

al cielo mi plegaria,

Plegaria que no olvida,

lo mucho que os quiero.

¡Cuida de ellos en tu gloria madre!

Hoy fue tu amor lo que me dio fuerzas para subir a este lugar y transmitir en palabras la fe de mis hermanos. Fe en el cuerpo de tu hijo que se hizo Santo Sacramento para quedarse entre nosotros, como lo anuncia una luz en cada sagrario.

Hoy sentí cosas que solo tienen explicación leyendo en el corazón.

Encadeno mi alma a tu amor, cuando mis últimas palabras se apagan rendidas al origen de tu pureza, para exclamarte con dulzura;

¡Te quiero madre!

¡Espérame Amargura!